

mensa pena de perderlo.

El Ilmo. Sr. Amézquita, no tardó en dirigirse a su Diócesis, sin arrestrarle ni el clima ni las enfermedades endémicas -- que allí reinan, desde el 3 de Noviembre que ingresó a su episcopal ciudad, comenzó sus nuevas tareas, luchando con la falta de elementos, los cuales supo arbitrarse al grado que al ser -- trasladado a Puebla, había gastado la suma de \$50,000.00 en -- las escuelas que estableció en el ornato de su humilde Cate -- dral, y en la subsistencia de sus colaboradores. Entre éstos -- sus hermanos que dieron una Misión (4) combatió con denuedo -- contra el indiferentísimo radicado de largos años en aquellas feraces tierras; peleó con brío contra los enemigos del Señor y de su Santa Iglesia; se consagró sin tregua ni descanso, a -- apacentar su retil; de suerte que sin vacilación se puede ase -- verar que desempeñó su misión como un apóstol. Se separaba de su rebaño, tan sólo para solicitar recursos en otros lugares, como en Guadalajara, San Luis Potosí, Tulancingo y en particu -- lar en el Obispado de León, donde gozaba de muy justa y mere -- cida veneración; todo cuanto conseguía, no lo empleaba sino -- para beneficiar a su Iglesia, a tal grado, que más de una vez carecía de lo necesario hasta para timbrar una carta, pagar -- el alquiler de un coche, etc., etc.

Recién llegado S. S. I. a Tabasco, J. de F. publicó en el periódico "El Independiente", de San Juan Bautista, una "Car -- ta despegada" en la cual daba una idea exacta del estado de -- aquellos habitantes en materia de religión, y se usurpaba el

(4).- El 10. de Agosto de 1894 comenzó la Misión dada por los PP. Manuel Aguilar Casanova, Juan Fernández y Julián Coello, en San Juan Bautista y concluida allí pasaron a Comalcalco y de las playas del Rosario, regresaron a México el 31 de Octubre.

cargo de Consejero del Prelado. Bien se traslucía en ella -- que no conocía al ejemplar varón que empuñaba el cayado pastoral, pues le exhortaba a que fuera "digno discípulo de (N. S.) Jesús". Si aún vive y lee estas líneas, podrá decir si no lo -- fué por su angélica vida, por su pobreza, por su modestia, por su infatigable celo, en impartir el bien a todos, y por fin, -- si no dejó allí indelables recuerdos de su saber y de una inmaculada vida.

Siendo Obispo de Tabasco, vino a esta Capital en Diciembre de 1889 al Jubileo Sacerdotal del Ilmo. Sr. Arzobispo Labastida, de gratísima y dulce memoria. Con ocasión a estas solemnidades Nuestro Metropolitano fué muy obsequiado; el humilde Obispo de Tabasco le ofreció un reclinatorio de exquisitas maderas de los bosques de su Diócesis. Fué a Oaxaca para imponer el Sagrado Palio a su primer Arzobispo, el 8 de Abril de 1892, y después para la celebración del Concilio Primero Antequerense, 2 de Diciembre del mismo año a 12 de Marzo de 1893. Tengo entendido que en una de las sesiones públicas predicó -- ante respetable y docto auditorio. Se hallaba en León el 9 de Junio de 1885 en la fiesta de la Madre Santísima de la Luz cuyas glorias cantó en aquella Catedral, con su acostumbrada -- elocuencia y unción. Esta pieza oratoria felizmente se dió a la prensa, así como las cinco cartas pastorales a sus queridos hijos los tabasqueños, otra a los de Guanajuato, Discurso en la distribución de premios del colegio del Sagrado Corazón de Jesús, 1888; Increpación a la prensa de Tabasco, Octubre de 1889 y un Memorandum sobre la Instrucción que se había dado en las escuelas de Tabasco durante el primer lustre de su Pon-

tificado. En el Album Guadalupano se leen dos producciones del Ilmo. Sr. Amézquita: unos versos dedicados a la Madre de los Mexicanos (1a. parte, pág. 185) y el panegírico que pronunció con motivo de su coronación el 9 de Octubre de 1895. (2a. parte, Apéndice, pág. 5).

Llegó también la época en que esta Providencia celebrara su Concilio. El Ilmo. Sr. Arzobispo Alarcón tuvo el felicísimo acierto de llamar en calidad de sus consultores, a dos Prelados que se distinguían por su saber y por su virtud, uno de estos fué el Ilmo. Sr. Obispo de Tabasco, quien volvió a nuestra Capital en el mes de Agosto de 1896, época en que comenzaron las sesiones del dicho So. Concilio Mexicano, para desempeñar su honrosa y confidencial misión. Estando en el ejercicio de ésta, la muerte arrebató de nuestro lado al Ilmo. Sr. Vargas, que había regido la Diócesi Angelopolitana con tanta prudencia como santidad, hasta el infausto 14 de Septiembre. Pocos días después un cablegrama anunciaba que el Santo Padre había designado al Apostólico Obispo de Tabasco, para cubrir esa vacante. Semejante noticia fué recibida con sumo regocijo y aprobación, entre los que conocíamos las virtudes y los trabajos y los sufrimientos del Sr. Amézquita; sólo a él le fué ingratisima por el amor que profesaba a aquella su Santa Iglesia, donde no obstante tantas penas y sinsabores sin cuento, había ejercido su misión durante diez años con el mayor contento; pero inclinó la cabeza entre la voluntad Divina, manifestada por el Sumo Pontífice, y se resignó a cambiar su viña -- por otra que se le mandaba fuera a cultivar. El 30 de Noviembre de ese mismo año, fué preconizado Obispo de la Puebla, en

el Consistorio celebrado en la Ciudad Eterna, y el 14 de Marzo de 1897, tomó posesión de su nueva Sede, en medio del indecible regocijo de los buenos hijos de aquella angélica ciudad, - que siempre se han distinguido en la recepción de sus Prelados pero en esta ocasión, según testigos oculares, fué mucho mayor. Terminadas las ceremonias religiosas en semejantes circunstancias, el novel Obispo dirigió una alocución a su pueblo llena de ternura, la cual se publicó en EL TIEMPO el día 17.

El nuevo cargo no mudó en nada el apostólico celo del -- Ilmo. Sr. Amézquita, quien, incansable como en su juventud, se entregó desde luego al trabajo, cual "Buen Pastor dió su vida por sus ovejas," de aquí es que no tardó en visitar su Diócesi, sin omitir su episcopal Ciudad, creó entre otros establecimientos, el de la "Familia Episcopal", el de "Artes y Oficios", en la Concordia, en beneficio de la educación de la niñez, además la Escuela Normal de Varones, de suma importancia, el cual sostenía con sus rentas episcopales, sin desatender, sino al contrario, mejorar más y más su Seminario. Favoreció cuanto pudo a aquellos que acudían para ayudarle en la evangelización de los pueblos, y en la santificación de las almas: procuró que se diera una Misión en todas las Iglesias de la Angélica Ciudad; en una palabra, consagró su vida completamente a sus Diocesanos, a quienes daba cuanto tenía; de aquí es que continuó en su misma pobreza personal a tal punto, que una mañana envió a un amigo mío, un atento recado para que le proporcionase -- alguna cantidad, pues no tenía para el gasto del día. Su constante y elocuente predicación producía salubérrimos frutos, en particular durante los Ejercicios de San Ignacio, para señores